



WARHAMMER®
THE END TIMES

LA CAÍDA DE
ALTDORF

CHRIS WRAIGHT

timunmas

WARHAMMER®
THE END TIMES

LA CAÍDA DE
ALTDORF

CHRIS WRAIGHT

timunmas



Título original: *The Fall of Altdorf*
Traducción: Simon Saito Navarro

Ilustración de cubierta: Paul Dainton
Ilustraciones de interior: Alex Boyd y Slawomir Maniak
Mapas: John Michelbach

Primera edición: marzo de 2017

The Fall of Altdorf, *La caída de Altdorf*, GW, Games Workshop, Warhammer, y todos los logos, ilustraciones, imágenes, nombres, criaturas, razas, vehículos, localizaciones, armas, personajes y la imagen distintiva están registrados en los distintos países como ® o TM y/o © Games Workshop Limited y usados bajo licencia. Todos los derechos reservados.

Versión original inglesa publicada originalmente en Gran Bretaña en 2014 por Black Library Games Workshop Limited., Willow Road, Nottingham, NG7 2WS, UK
www.blacklibrary.com

© Games Workshop Limited 2014, 2015

© De la traducción Games Workshop Limited. 2015. Traducida y explotada bajo licencia por Editorial Planeta. Todos los derechos reservados.

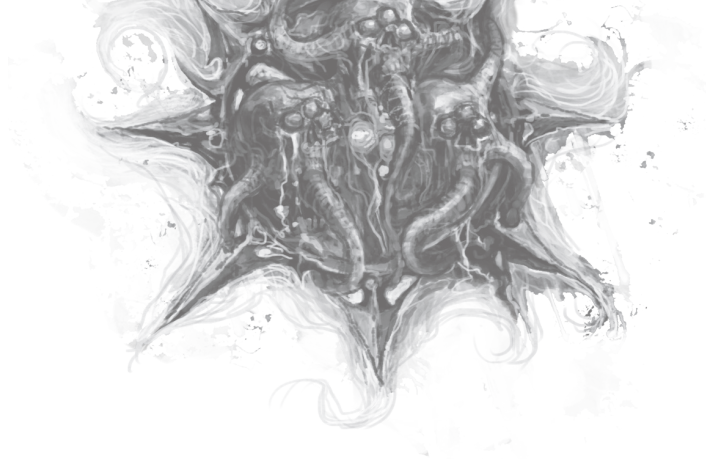
Edición publicada en España por Editorial Planeta, 2015, 2017
© Editorial Planeta, S. A., 2017
Avda. Diagonal, 662-664, 7.ª planta. 08034 Barcelona
Timun Mas, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
www.timunmas.com
www.planetadelibros.com

Esta es una obra de ficción. Todos los personajes y situaciones descritos en esta novela son ficticios, y cualquier parecido con personas o hechos reales es pura coincidencia.

ISBN: 978-84-450-0439-5
Preimpresión: Ediciones del Simio
Depósito legal: B 13550-2016
Impreso en España por Huertas

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47



UNO



El frío viento del oeste sacudía las paredes de lona de la tienda y avivaba y hacía que chisporroteara el fuego de las antorchas. El único ocupante del habitáculo estaba arrodillado sobre la hierba embarrada, con la cabeza inclinada ante un altar improvisado. De las hombreras de la armadura le caía una exquisita capa roja empapada por la lluvia; con las manos enfundadas en guanteletes rodeaba la empuñadura de una espada desenvainada y con la punta hincada en el suelo a la manera caballeresca.

Tenía los ojos cerrados y la cabeza descubierta, con el rostro enjuto y noble sumido en la oración. Exhibía un cuero cabelludo afeitado y moteado de marcas de la batalla: barro, sangre, regueros de sudor seco.

El altar era pequeño y lo acompañaba junto con el resto de su equipaje desde el primer día. Era de madera de palo de rosa, y en la maltrecha superficie de la cara superior tenía tallada una pareja de grifos que se miraban cara a cara. La verdad era que se trataba de una pieza tosca y sin valor, y podría sustituirla si lo quisiera por otra chapada de oro en ese

mismo momento, u ordenar que los sacerdotes que tenía a sueldo rezaran por él. Sin embargo, llevaba veintidós años rezando ante ese mismo altar y no iba a cambiar ahora. Hoy menos que nunca.

—Mi señor Heldenhammer —susurró echando vapor por la boca en el frío del alba—. Siempre te he sido fiel, así que te pido que tengas presente a tu siervo hoy. No temo la muerte, el dolor ni las dificultades si los sufro a tu servicio. Reconozco que sólo temo una cosa: demostrar que no soy digno de la espada que empuño, de la armadura que visto ni de los hombres que comando.

Hasta el interior de la tienda llegaba el alboroto de los preparativos del ejército: caballos conducidos hasta sus jinetes, piezas de artillería arrastradas sobre ruedas con las llantas de hierro por el suelo lleno de surcos. A sus oídos llegaba el rugido amortiguado de los sacerdotes de batalla, que rivalizaban en volumen con los bramidos de sargentos y capitanes en la plaza de armas.

Había oído esos sonidos toda la vida. Desde niño estaba rodeado por los instrumentos de la guerra. En este aspecto, aquel día era un poco distinto de los demás.

—Cuando mate, que sea en tu nombre. Cuando me enfrente a las tinieblas, que sea en tu nombre. Y cuando llegue mi hora y mi servicio concluya, que te sientas honrado por las acciones que realicé en el tiempo que se me concedió.

Comenzó a llover de nuevo y las gotas aporrearon la lona empapada. El chaparrón convertiría el suelo en un lodazal que entorpecería la carga de los caballos.

—Que ningún hombre tenga motivos para dudar de mi devoción —continuó rezando—, y que cuando me marche, nadie pueda decir de mí que no cumplí mis juramentos.

Abrió los ojos y permaneció con el cuerpo en tensión. Levantó la hoja y la envainó; a continuación hizo la señal del cometa sobre el peto de la armadura e hizo una última reverencia. Entre tanto, el viento azotó las paredes de la tienda de campaña e introdujo la lluvia helada por debajo de los faldones.

Recogió el yelmo y lo sostuvo despreocupadamente en la mano izquierda mientras enfilaba hacia la puerta de la tienda.

Fuera estaban esperándolo.

Schwarzhelm resplandecía de una manera cegadora bajo el aguacero, con su pesada espada ya desenvainada y la abundante barba empapada y salpicada de barro. Huss aguardaba a su sombra; su aspecto, con un fino bigotillo y la cabeza calva, no era menos brutal. A su lado estaba el joven Valten, empuñando *Ghal Maraz* con una sola mano, como si pesara menos que una brizna de paja. Un poco apartado del resto se hallaba Helborg, imponente con su coraza de batalla revestida de acero, dura y con rasgos de halcón.

Detrás de ellos estaban los generales, los guerreros y los soldados de infantería, los caballeros y los alabarderos, todos ellos con los colores blanco y rojo y amarillo con cuadros negros, formados en filas apretadas y aferrando las armas del Imperio prestos para la batalla.

Todos a una alzaron las armas.

—¡Karl Franz! —gritaron al unísono.

En ese momento, el Conde Elector de Reikland, príncipe de Altdorf, portador del Sello de Plata y del colmillo rúnico *Drachenzahn*, emperador de la sagrada herencia de Sigmar entre las Montañas del Fin del Mundo y el Gran Océano, hizo un gesto de asentimiento con la cabeza.

—¡Caballeros! —declaró—. ¡Comencemos!



Heffengen, como todas las ciudades del alto Ostermark, estaba fortificada. Unos gruesos muros de piedra cercaban sus apretadas calles de viviendas de zarzos y barro y empinados tejados de tejas. Esa muralla, sin embargo, se hallaba en un estado lamentable debido al abandono al que la había condenado el negligente burgomaestre de la ciudad, cuyo cuerpo colgaba ahora de una horca colocada sobre las puertas.

Tal vez el burgomaestre lo había hecho lo mejor que había sabido. Tal vez la peste o el gran número de hombres llamados a filas le habían impedido realizar su trabajo como era debido. Eso ahora ya daba igual; había que dar ejemplo.

Dado el mal estado de la muralla, Karl Franz había decidido que la defensa de la ciudad era una tarea imposible. En cualquier caso, el ejército que había reunido habría tenido dificultades para caber en el

espacio delimitado por los muros, de modo que la batalla se libraría en las llanuras, en campo abierto, bajo la lluvia y a la vista de cualesquiera que fueran los dioses que se dignaran observarla.

La lluvia seguía arreciando desde el noroeste. El paisaje se extendía hasta un lejano horizonte de color gris acerado que resplandecía con el agua encharcada sobre el blando suelo de tierra. Un puñado de árboles se alzaban aquí y allá, con aspecto tenebroso y la silueta recortada sobre el fondo del plomizo cielo lluvioso.

Karl Franz se había adentrado con sus fuerzas en los eriales hasta alejarse un kilómetro y medio de los límites de Heffengen. El profundo barranco del río Revesnecht que serpenteaba hacia el norte hasta la corriente más caudalosa del Talabec limitaba el campo de batalla por el este. Hacia el oeste, el paisaje despejado cedía el terreno gradualmente a las frondas dispersas del bosque.

El enemigo llegaría desde el norte, como siempre. Se desplegarían por los páramos, todavía eufóricos por la masacre que acababan de perpetrar en el Bastión Áurico, y sus pezuñas revestidas de latón levantarían terrones de tierra mojada. Los primeros en atacar serían los sabuesos, que se abalanzarían sobre ellos con las fauces abiertas; a continuación lo haría la caballería, con sus monturas de ojos rojos; y por último, caminando a trancos sobre sus pezuñas hendidas, los gigantes acorazados, de yelmos llenos de pinchos y con calaveras colgándoles de las armaduras embadurnadas en sangre.

El enemigo se presentaría en formaciones desordenadas, azuzado por el deseo irrefrenable de matar. La única ventaja de los hombres mortales era la disciplina. Así había sido durante cientos de generaciones: el frenesí irracional se toparía con las ordenadas filas de acero imperial.

El general Talb había solicitado con insistencia que se le concediera el honor de proteger el flanco oriental. Sus soldados de Ostermark formaban ordenadamente en cuadros de alabarderos y de piqueros, apoyados por unidades de artillería y de espadas, incluido un contingente de ogros mercenarios que sobresalían del resto de los guerreros. Huss había traído consigo a sus fanáticos seguidores para reforzar las filas de Talb, si bien la mera presencia del sacerdote guerrero valía más que la suma de todos los devotos exaltados que lo acompañaban. Valten, como siempre, escoltaba a su mentor.

Karl Franz los había visto partir. Le producía cierta incomodidad ver el martillo de guerra sagrado en unas manos que no eran las suyas. Gelt le había manifestado su oposición a esa decisión desde el principio, pero él no había tenido la potestad de tomarla.

«¿Qué te ocurrió? —se preguntó Karl Franz mientras rumiaba acerca de la caída en desgracia y la partida de Gelt—. ¿Fue el orgullo? ¿O, como les ha ocurrido a muchos antes que a ti, la mera desesperación?»

Habían cambiado muchas cosas últimamente, y en un período de tiempo muy breve. El inexpugnable bastión defensivo que Balthasar Gelt había erigido a lo largo de la frontera septentrional del Imperio por fin había cedido, y las hordas de los Desiertos se habían precipitado imparablemente al interior de Ostermark, como sangre que mana de una herida. El esfuerzo del mago dorado para sostenerlo había acabado por hacerle perder el juicio y le había condenado a asociarse con almas descarriadas a las que habría escupido a la cara cuando estaba cuerdo.

Gelt no merecía su caída en desgracia, sobre todo después del servicio que había prestado, pero eran muchos los que no merecían el destino que habían corrido y no había tiempo para comparecerse de todos.

«Ahora podrías estar aquí, luchando a nuestro lado. Tus hechizos podrían haber hecho que dieran media vuelta.»

—Vos no marcharéis —gruñó Schwarzhelm.

Karl Franz se sonrió. Su guardaespaldas llevaba varias semanas luchando sin descanso, primero en el Bastión, y luego formando parte de la unidad que se había replegado hacia el sur desde la brecha abierta en Alderfen. Estaba recubierto por una costra de mugre, que incluso se le había adherido a los rizos de la poblada barba.

—Eso lo decidiré yo, Ludwig —le recordó Karl Franz.

—Ludwig tiene razón, mi señor —intervino Helborg—. Quieren acabar con vos. Nosotros podemos permitirnos morir en la batalla, pero vos no. Sois el Imperio.

«Sois el Imperio.» Esas palabras seguían provocándole una fría sensación de incomodidad a pesar de todas las veces que las había oído decir.

No obstante le alegró que sus dos tenientes estuviesen de acuerdo en algo. No solía darse el caso.

—Yo valoraré esa decisión —aseveró Karl Franz—. Sigmar me guiará como siempre.

Los tres hombres se encontraban en el centro de las líneas de batalla imperiales, un poco por detrás de la vanguardia. Delante de ellos se desplegaba el grueso del ejército de Reikland, ataviados de blanco y rojo. Se habían congregado tres regimientos al completo de la guardia de palacio, flanqueados por un gran número de tropas regulares. A imagen y semejanza de las fuerzas de Ostermark, los cuadros de alabarderos formaban la espina dorsal, apoyados por las unidades pertrechadas con armas de largo alcance: arcos, armas de fuego y piezas de artillería ligera. La elite del ejército, la caballería de la Reiksguard, formaba en el lado izquierdo, donde aguardaba la llegada de su señor, Helborg. Los orgullosos estandartes con el grifo imperial y la cruz negra de la orden de caballería colgaban flácidos bajo la llovizna.

El ejército congregado tenía el aspecto de una masa compacta. A la luz cenicienta brillaban con palidez los aceros de filas y más filas apretadas de adiestrados soldados, y desde el suelo se alzaban puntiagudas estacas destinadas a abatir las monturas enemigas que goteaban en la niebla matinal.

—¿Y Mecke? —preguntó Schwarzhelm.

El general Mecke de Talabheim estaba al cargo del flanco occidental. Karl Franz opinaba de él que era un cabrón ambicioso que aguardaba con un entusiasmo indecoroso la inminente carnicería. No obstante, sus hombres eran disciplinados como los que más, y contaba con muchos. Las libreas de color rojo y verde hoja de sus cuadros de infantería apenas se distinguían en el oeste, en parte ocultas por el follaje de las lindes del bosque. La mayor parte de las piezas de artillería también se encontraban allí, emplazadas sobre terreno elevado y con una vista despejada del campo de batalla.

—Él sabe lo que tiene que hacer —dijo Karl Franz—. Ahora ya no se puede hacer nada.

Helborg se limpió un reguero de agua de lluvia de la visera de su yelmo con alas de halcón. Karl Franz percibía que estaba ansioso por subirse a la silla de montar y partir para reunirse con sus hombres. Este hombre sólo era realmente feliz cuando galopaba a la carga, empuñando el colmillo rúnico y rodeado por el estrépito de las armas. Como hombre de Estado habría sido un desastre, de modo que era una suerte que nunca le hubieran asignado ese papel. Matar iba más con él que negociar.

—Ya puedo olerlos —dijo el el mariscal de la Reiksguard.

Karl Franz volvió la mirada hacia el norte. Más allá de las filas más alejadas de la posición defensiva central se extendía la tierra inhóspita y desolada. Remolinos de lluvia barrían el suelo embarrado.

—Deberías marcharte, Kurt —dijo Karl Franz.

Helborg se echó hacia atrás la capa, desenvainó la espada y se despidió con el saludo militar.

—Hoy recuperaremos la iniciativa.

Siempre tan lleno de confianza; siempre tan presuntuoso.

Karl Franz le devolvió el saludo.

—Si perdemos esta batalla...

—Es imposible que perdamos —murmuró Schwarzhelm.

—Si perdemos esta batalla, nada los detendrá hasta Altdorf. Ya hemos hablado sobre lo que habría que hacer en ese caso.

—Middenheim está más cerca, y es más fuerte —dijo Helborg, repitiendo los argumentos que había expuesto en la junta de guerra dos días antes—. Sigo pensando que...

—Ya he dicho lo que tenía que decir —aseveró Karl Franz, sosteniéndole con calma la mirada al mariscal de la Reiksguard—. Vivimos tiempos de desesperación. No tengo ninguna fe en los electores, los magos han demostrado que no son dignos de confianza y apenas comprendo las motivaciones de Huss. —Sonrió y le dio a Helborg una palmada con la mano enguantada en la espalda—. Somos el Imperio. Somos hombres. Altdorf es la clave. Siempre lo ha sido, y ellos también lo saben.

Por un momento dio la impresión de que Helborg iba a contradecir esa afirmación, pero entonces inclinó la cabeza.

—No importa... Enterraremos sus huesos en este campo de batalla. Hoy revertiremos la situación.

—Bien dicho —repuso Karl Franz—. Ahora vete, y que te acompañe la fe.

—Siempre.

Helborg se alejó a grandes zancadas. Según se adentraba entre las filas de soldados, los miembros de su séquito se arremolinaban detrás de él. Muy pronto estaría sentado sobre su caballo, blandiendo la espada a la cabeza de la formación de la Reiksguard.

Schwarzhelm permaneció donde estaba y escrutó con la mirada adusta la jaula situada a su espalda, donde Garra de Muerte estaba encadenado. El penetrante aroma del grifo (un acre tufo salvaje que hacía pensar en carne cruda y furia) destacaba por encima de todos los demás olores.

—Sé lo que estás pensando, Ludwig —dijo Karl Franz.

—Escuchad al menos a Kurt, si no queréis escucharme a mí —gruñó el viejo guerrero.

Karl Franz se echó a reír.

—No sé qué debería preocuparme más, si el enemigo o el hecho de que ambos defendáis la misma postura. Casi da la impresión de que lo de Averland no hubiera sucedido.

La cara de Schwarzhelm no varió un ápice su expresión de certidumbre beligerante. Sus penurias en el sur ya casi habían caído en el olvido, relegadas a un segundo plano por la más importante guerra en el norte. Al parecer, un combate contra un enemigo que comprendía le había ayudado a ser el de antes.

Miró a su alrededor mientras buscaba algo que decir, seguramente una súplica al emperador para recordarle que su sitio estaba en la retaguardia del ejército y no en la vorágine de la refriega como si fuera una encarnación de Sigmar. Entre las obligaciones de Schwarzhelm estaba dar esa clase de consejos, naturalmente, del mismo modo que Karl Franz tenía todo el derecho del mundo a hacer lo que le viniera en gana.

Schwarzhelm finalmente no dijo nada. Cualesquiera que fueran las palabras que estaba a punto de pronunciar se las tragó con el estallido de un clamor en el norte. Comenzó con un tono grave, como el rugido de bestias enjauladas, y fue aumentando en volumen arrastrado por las zumbadoras rachas de viento que barrían la tierra desolada, hasta que muy pronto se convirtió en un aullido, en una masa de gritos y de rugidos.

Los tambores lo acompañaban y hacían vibrar la superficie del agua estancada. En el norte, el horizonte se oscureció, como si hubieran surgido de la nada nubes de tormenta desafiando las leyes de la naturaleza.

Entonces Karl Franz vio de qué se trataba en realidad: las nubes eran aves, miles de ellas, apiñadas en bandadas de una manera que no era natural; tapaban la exigua luz del sol como una plaga de negras criaturas frenéticas y velocísimas que estriaban la niebla y trazaban círculos en el aire lejos del alcance de las flechas.

Los aullidos se prolongaron, amortiguados por la distancia, de momento. A lo largo de las filas imperiales, los sargentos bramaban a sus hombres que mantuvieran las posiciones, que calaran las alabardas y que recordaran sus juramentos; que ni se les ocurriera dar un paso atrás a menos que quisieran que sus huesos fueran los primeros que partieran los martillos de guerra.

El rostro con la barba entrecana de Schwarzhelm se puso tenso y su fornida mano se deslizó automáticamente hasta la empuñadura de la gran espada, *Rechstahl*, la célebre Espada de la Justicia.

—Ya llegan —masculló.

Karl Franz oyó el gruñido de agitación de Garra de Muerte dentro de la jaula. El grifo de batalla estaba ansioso por embestir al enemigo. La bestia no tardaría en ver cumplido su deseo.

—Hasta la muerte —dijo entre dientes el emperador mientras reparaba en el peso del colmillo rúnico prendido del cinturón—. Rendirse jamás.



El enemigo cargó bajo la sombra de cuervos.

Los pájaros circunvolaban las defensas imperiales y se abatían sobre sus líneas graznando enloquecidamente. Los capitanes de los destacamentos prohibieron que se malgastaran flechas contra aquellas criaturas, así que las aves embestían y revoloteaban libremente entre los expectantes soldados y con las garras les arañaban cara y dedos. Los alabarderos no tardaron en tratar de espantarlos agitando unos brazos llenos de cortes.

A continuación, de la niebla surgieron centenares de enemigos que cargaban a la carrera, dispersos y sin ceñirse a una formación definida. Ningún arma imperial les disparó por el momento, y se les permitió avanzar hacia las posiciones de las fuerzas imperiales. Corrían alocadamente y dando volteretas, con los ojos fijos al frente. Algunos iban desnudos y exhibían pintarrajos en la piel pálida como la nieve; otros estaban devastados por las enfermedades y tenían unos cercos rojos en torno a los ojos. Todos ellos estaban dominados por el frenesí de la batalla, estimulados por las sustancias que les habían suministrado los chamanes.

Helborg hizo una mueca de asco cuando los berserkers que marchaban en cabeza se abalanzaron contra las primeras líneas de piqueros. Vio cómo un esquelético demente se empalaba en una de las estacas destinadas a la caballería y se contorsionaba ensartado en ella en una especie de estado de éxtasis. Otros embestían a las tropas defensoras, y las alabardas subían y bajaban desgarrando entrañas apestadas.

Helborg notó que su montura se estremecía debajo de él. El caballo de batalla sabía lo que se avecinaba y estaba ansioso por entrar en acción. El viento frío, todavía estriado por una fina lluvia, silbaba al rozar la barda y enfriaba los músculos del animal guarnecidos debajo de ella.

—Tranquilo —musitó, sujetando con suavidad las riendas.

De la niebla aparecieron más enemigos a la carrera, chillando a pleno pulmón. Emprendieron la carga por la zona central del campo de batalla, sin prestar atención a los flancos. Los soldados imperiales aún no dispararon sus armas de fuego, y dejaron que los cuadros de infantería se encargaran de la amenaza a medida que surgía. El verdadero enemigo todavía no se había mostrado.

No tardó en hacerlo. Salió de la neblina grisácea; la lluvia tamborileaba en sus recias armaduras con los bordes de bronce. Blandían pesadas hachas, martillos de guerra, gubias o espadas de doble filo con la empuñadura en forma de obscenas cabezas demoníacas. De los yelmos de algunos sobresalían cuernos ensortijados; en otros había colmillos, pinchos o tiras de piel de víctimas desolladas.

La niebla se descompuso en jirones en torno a la primera línea de ataque de los guerreros del Caos que cargaban estrepitosamente. Para referirse a ellos no podía hablarse de formación, sino más bien de una masa desordenada de cuerpos descomunales, hinchados y abotagados por enfermedades y mutaciones. Cuernos de batalla tallados toscamente para darles la forma de dragones bicéfalos o de grotescos rostros de trolls se alzaban en medio del tumulto.

La infantería norse traía consigo un intenso tufo, como de residuos de osario, aunque más penetrante y nauseabundo. La mordaz pestilenia se propagaba por el campo de batalla y provocaba las arcadas de los soldados mortales, incapaces de eludirla. Aun antes de que el primero de los norses se pusiera al alcance de los aceros imperiales, las formaciones defensivas comenzaron a resentirse.

—¡Primera fila, fuego!

Los primeros cuadros de soldados con armas de fuego dispararon, y un segundo después los rifles largos escupieron una ráfaga demoledora. Un puñado de guerreros del Caos se tambalearon y se hundieron en el barro pisoteados por los que venían detrás.

Tras recargar apresuradamente las armas, los soldados imperiales apuntaron rápidamente y dispararon una segunda ráfaga, a la que siguió otra. El hedor acre de la pólvora impregnó enseguida el aire. Los grandes cañones abrieron fuego desde la posición occidental de Mecke con un estallido ensordecedor y abrieron boquetes en la horda enemiga. Los cañones eran más eficaces: docenas de guerreros eran reducidos a un puré sanguinolento por las bolas de hierro.

Ni siquiera la más gruesa armadura era defensa suficiente contra una cadencia de fuego tan disciplinada y continua. Los norses y los berserkers saltaban por los aires indiscriminadamente y los fragmentos de sus armaduras salían disparadas hacia las bandadas de cuervos que sobrevolaban el campo de batalla. Un paladín descomunal, coronado por una cornamenta y cubierto con placas de armadura superpuestas de la anchura de una mano humana, recibió de lleno una bala de cañón en el cuello que lo decapitó de cuajo. Su cuerpo se tambaleó durante unos segundos, hasta que la marea de la carga lo engulló.

Sin embargo aún no era suficiente. Los gritos y los aullidos se tornaron ensordecedores cuando más guerreros irrumpieron en el campo de batalla. El estruendo no tardó en crecer hasta el punto de que fue imposible oír los bramidos de los capitanes. El suelo temblaba bajo los pesados pasos de las botas con las suelas de hierro; y en el norte, la sombra envuelta por la lluvia de miles y miles de guerreros del Caos ocupaba todo el horizonte.

Para entonces, la avanzada de los norses había alcanzado a los berserkers y embistió a los estáticos defensores. La mayoría de los destacamentos aguantaron con tesón cuando el enemigo, cegado por el frenesí de la batalla, se arrojó directamente contra la muralla de alabardas caladas. No obstante, cada impacto hacía retroceder un paso a los soldados, hasta que comenzaron a abrirse huecos en la formación. Las astas de las alabardas se partían, los brazos se rompían, los pies resbalaban en el fango y los cuadros se combaban.

La sangre corría libremente. Los preliminares habían concluido y el trabajo duro y desesperado había comenzado.

—¡Reiksguard! —bramó Helborg, enarbolando su hoja *Klingerach*, el fabuloso colmillo rúnico de Solland. La lluvia rebotaba en la hoja desenvainada—. ¡A mi orden!

Helborg oyó a su espalda el estrépito de quinientos caballeros preparándose para la carga. Todos a una desenvainaron las espadas, que destelaron sobre las nubes oscuras apretadas encima de sus cabezas.

Helborg trazó con la mirada un camino que se adentraba en la batalla. Una masa de alabarderos de Reikland lo flanqueaba por la derecha, mientras que las posiciones de artillería y el contingente de Mecke lo hacían por la izquierda. Los caballeros cargarían por el hueco que quedaba en medio y acudirían al encuentro de las hordas del Caos en cuanto estallara la última ráfaga de los cañones. A partir de entonces la lucha se desarrollaría cuerpo a cuerpo, de manera sucia y feroz... Justo como le gustaba.

—¡Por Sigmar! —exclamó con un rugido mientras enarbolaba la espada sagrada y trazaba con ella un círculo en el aire que cerró con la punta señalando directamente al enemigo—. ¡Por el Imperio! ¡Por Karl Franz!

Espoleó su caballo, y la poderosa Reiksguard, convertida en una cuña de color marfil y negro, se lanzó como un torbellino hacia el corazón de la batalla.